



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13601

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En la PENINSULA: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—SEXTANTE: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 10 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR, 24

MARTES 26 DE MARZO DE 1907

CONDICIONES
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponde en Ptas. Mr. A. Lorente, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 34, Exchange St. Martes.

EL REY EN CARTAGENA

A pesar de las inexplicables reservas que se han guardado en todo lo concerniente á la visita de los monarcas inglés y español a esta ciudad, ya conocemos la fecha casi exacta de aquélla y hasta los actos oficiales en que tomarán parte.

De fuera han venido a decirnos lo que ocurrirá dentro de nuestra casa, y «El Imparcial» llegado ayer a Cartagena, trae una reseña, salvo ligeras variantes, de todo cuanto ocurrirá durante la permanencia entre nosotros del Rey Eduardo y don Alfonso XIII.

La visita de ambos soberanos no tiene carácter alguno oficial; es puramente una entrevista de carácter íntimo, sin que obedezca a otro fin que al natural deseo de aprovechar el paso del rey de Inglaterra por la costa de España, para que mutuamente se tributen los dos soberanos el homenaje que el parentesco, el afecto y la cortésia imponen de modo casi ineludible.

El rey Eduardo salura de Biarritz el día 6 para reunirse el 7 en Marsella con su esposa la reina Alejandra, zarpando el «Victoria» y don Alberto el mismo día para Cartagena donde se hallará ya á su llegada el rey don Alfonso.

El rey de España estará alojado en el «Girarda» buque al que dará guardia una división naval mandada por el general Mergado, y de la que formarán parte el «Princesa de Asturias», el «Extremadura», y algún otro buque de menor tonelaje.

El yate real inglés llegará á su vez escoltado por una poderosa escuadra, constituida por seis grands acorazados, cuatro cruceros y un aviso. A pesar del carácter íntimo de la entrevista, el rey Eduardo ha querido darle este aspecto de solemnidad como prueba de afecto á España y a su rey.

Los soberanos inglés y español estarán en Cartagena dos días durante los cuales revisarán los buques de guerra, asistirán á dos banquetes, uno en el yate real inglés y otro en el español, visitarán la población, asistirán a la inauguración de la nueva Casa Consistorial, presenciarán las iluminaciones terrestres y marítimas, y algunos otros festejos que se trata de organizar.

En esta ciudad continúan los preparativos para la recepción de los reyes, trabajándose activamente en la terminación del jardín de la plaza de España para hermopear la entrada de la población, preparación de iluminaciones y otras mejoras y festejos.

Con don Alfonso vendrán á Cartagena el jefe superior de Palacio duque de Sotomayor, el jefe del cuarto militar general Bascañán, el ayudante secretario conde de Grove, los ayudantes marinos Sres. Brado y Suances, y el doctor Alabern.

También vendrán los ministros de Estado y Marina, pero sin que ello afecte en lo más mínimo el carácter de la visita, toda vez que con los reyes de Inglaterra no vendrá á España ningún ministro de su gobierno.

Se asegura que la reina madre doña María Cristina, acompañará á don Alfonso en su viaje á esta ciudad.

En la mañana de hoy el arquitecto D. Mario Spottorno, ha estado trabajando medidas en la fachada del Casino para instalar la iluminación que lucirá durante la permanencia en ésta de los Reyes de España é Inglaterra.

Autorizado el Sr. Alcalde para proceder al derribo de los edificios adonde están instaladas las oficinas de la dirección de Sanidad marítima y Capitanía del puerto, el día 1.º del próximo Abril se procederá á la demolición de los mismos.

El domingo por la mañana visitaron las obras de la nueva Casa Consistorial, el capitán general del Departamento, el alcalde Sr. Aguirre y el presidente de las obras del puerto D. Mariano Sanz, con objeto de designar el local que provisionalmente ocuparán la Capitanía del puerto y Sanidad marítima.

Adosado al muro del presidio y en el sitio que hoy ocupan las barracas almacén y mercaderes, se emplazará un magnífico edificio de tres pisos destinada á Capitanía del puerto, Sanidad marítima y otras dependencias.

Las obras hemos oído asegurar que comenzarán muy en breve.

Después del derribo de la Capitanía, Sanidad y Mercaderes no existe acuerdo alguno hasta la presente que nos otros sepamos para que desaparezca de la explanada del muelle el barracón de los baños templados.

No le parece al Sr. Alcalde y al presidente de las obras del puerto, que ya que se piensa dejar completamente limpia esa parte del muelle, también debería procederse al traslado de dicho barracón.

Es el deseo que los señores Sanz y Aguirre se ocupen activamente de este asunto y desahoren á la mayor brevedad del barracón.

La prensa extranjera concede mucha importancia á la próxima entrevista de los soberanos de Inglaterra y España en esta ciudad, creyendo posible que motivará la institución de una cádruple alianza.

Se recuerda el viaje misterioso de Osmia a Biarritz, que es el único ministro que habla inglés, suponiendo que no se trató de un simple acto de cortesía.

En las embajadas extranjeras de Madrid se comenta mucho la entrevista.

Algunos diplomáticos han enviado á sus Gobiernos informes confidenciales sobre el punto.

Según dice un periódico de Londres en la conferencia que celebrarán los Reyes de Inglaterra y España acordarán que Villarrutia apoye á Inglaterra en la conferencia de la Haya.

PAGINAS LITERARIAS

La conversión

Al entrar en el templo quedó el granuja sorprendido ante el espectáculo majestuoso lleno de poesía y sentimiento, de la cristiana ceremonia. Las últimas notas del órgano perdíanse en las naves de la iglesia, desvaneciéndose dulcemente, sonando en los oídos como rumor lejano de besos y suspiros; el humo del incienso, débilmente coloreado por las luces de los cirios, se extendía en oleadas imperceptibles, envolviéndolo todo en una neblina de oro; desde el púlpito, el ministro del Señor dejaba oír á los fieles la voz de la iglesia con elocuencia avasalladora, conmoviendo los espíritus con la tierna poesía de la palabra sagrada; los fieles, arrodillados piadosamente, con la cabeza inclinada sobre el pecho, como agobiados por el peso de aquellas verdades amargas, es-

cuchaban en silencio el mandato del soberano Dios...

También él se arrodilló; también él escuchó silencioso y conmovido las palabras del viejo sacerdote, primero con asombro, después con terror, reflejando en sus pupilas, dilatadas por el miedo, las congojas que producían en el alma los fieros decretos formulados en el Sinaí. Aquellas tremendas descripciones que el sacerdote hacía, recargando las notas de dolor y los colores de muerte, eran aterradoras; las penas del infierno, las almas que se retorcan en dolorosas convulsiones en medio de la hoguera, el crujió de los huesos calcinados, el rechinar de dientes, las carnes desgarradas por los garfios de hierro enrojecido, los vapores de sangre, todo aquel implacable castigo de una eternidad de espantos y dolores era para poner espanto en el alma del más bravo. Y el granuja, que nunca había escuchado «aquellas cosas» tan crueles, estaba sobrecogido, lleno de miedo, como si creyera ver ya delante de sus ojos el hierro enrojecido de los garfios, y sentir que se desgarraba su propia carne.

Miraba al púlpito con los ojos muy abiertos, y cuando fijaba sus ojos en los brillantes del sacerdote, escuchando aquellas amenazas terribles, expresadas con la sencillez elocuente de la verdad, que chocaban en los oídos de una manera desagradable y repugnante en el alma con eon de sentimiento, arrancando gemidos de dolor y haciendo asomar á los ojos lágrimas de sincera contrición, el granuja bajaba la vista avergonzado y sentía que sus miembros se crispaban en contracciones de espanto, y allí dentro, en lo hondo, unas ganas de llorar infinitas. El sacerdote parecía en aquellos momentos como un enviado de Dios para promulgar la justiciera ley. El sol, que penetraba por las altas ojivas del templo, se reflejaba en su cabeza como si fuera á iluminarla con resplandores de inspiración divina.

Había entrado él en la iglesia por casualidad, por pura casualidad. Estaba en la puerta con otros, implorando de la caridad de los fieles una limosna por amor de Dios, de aquel Dios en cuyo nombre hablaba el sacerdote. Pasó una señora, una gran señora, que mostraba en la abertura del bolsillo la punta de un pañuelo, de un pañuelo que debía de ser riquísimo, y entró detrás con la santa

intención de apoderarse del pañuelo. Consumió la materia y se retiraba después, cuando escuchó las herposas palabras del viejo sacerdote, que le retuvieron en el templo con fuerza superior á su voluntad. Y allí se estuvo, arrodillado, sorprendido, aspirando las oleadas olorosas del incienso, sintiendo en el alma algo que le hacía daño, que le arañaba con furia.

Habló después el sacerdote del arrepentimiento y habló de perdón. Tras los acentos amenazadores, formidables, del Dios de Sinaí, se escucharon las palabras misericordiosas, profundamente humanas del humilde Dios del Calvario. El granuja sintió entonces grandísimo consuelo al escuchar de labios del ministro que los arrepentidos podían salvarse de las penas del infierno, porque la piedad de Dios es infinita; aquellas palabras de perdón le devolvieron la vida.

—Amad á Dios sobre todas las cosas,—decía el sacerdote,—respetad á vuestros semejantes; amaos los unos á los otros como manda el sublime Dios del Calvario; dad á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César; no matar; no furar; arrepentíos de vuestras culpas, porque sólo los arrepentidos podrán aspirar á la eterna bienaventuranza...

No pudo más el púlpito. Al oír las consoladoras palabras del enviado del Señor, que parecían descender del cielo como bálsamo de redención, levantóse avergonzado y lloroso, y acercándose á la señora melancólicamente, le dijo con voz compungida:

—Tome usted, señora... Me parece que se le ha caído este pañuelo...

Crónica mundial

EL VULGO

El rasero nivelador, la medianía entreverada de ignorancia, he ahí el vulgo.

Su poder es inmenso, su resistencia pasiva incalculable, su indiferencia capaz de irritar al más calmoso; su egoísmo, como al espacio, sin límites.

Hay naciones afortunadas donde surgen frecuentemente hombres bravos que á fuerza de puños, se encaraman sobre el vulgo. Estos valientes ejecutan cuanto piensan sin importarse un ardite las censuras que sus ac-

tos arrancan al conglomerado popular que protesta, suprando indignación, cuando uno de sus componentes le abandona para seguir la inspiración propia y la propia suerte.

Los luchadores de que hablo huyen de la superficialidad como de la peste; estudian, analizan, desentrañan el fondo de las cosas, se parapetan tras este estudio, y tras su escuela la convicción, y luego, se batan incansables hasta rendir á sus pies á la mole ignorante, atrevida cuando se la halaga, cobarde, quizá rastrera, cuando se la desprecia ó se la fustiga con razón y con dureza.

Entre estos luchadores descuella V. E. Orlando, nuevo ministro de Justicia del Gobierno.

Desde su adolescencia Orlando ensanchó los horizontes de su entendimiento, cultivó su ingenio y luchó pertinazmente contra el vulgo. Cateórico, escritor, político severo, Orlando ha llegado al sillón ministerial por su esfuerzo y por su perseverancia en pulimentar y abrillantar, quieras que no, á los mismos que se abatían en cerrarle el paso.

Al vulgo se le debe hacer tomar lo que le conviene como una medicina amarga, á la fuerza. Desgraciado de quien lo olvida, porque sucumbe á la decepción y se inutiliza para siempre.

Así les ocurre á los hombres de verdadero valer que viven en España; y conste que no escasean. Son sabios, tanto ó más que Orlando; les mueven tal vez mejores propósitos, pero su sabiduría y su bondad no van acompañadas del vigor valitivo. Carecen de voluntad. Al primer asalto con la medianía, la ignorancia y la estaticidad, se doblegan; no poseen el ardor hélico del santo rey David, se arredran al medir con la mirada la estatura del Goliath-Vulgo, y se retiran del campo de batalla para refugiarse en el enervante paraíso de las tareas especulativas.

Quienes aquí viven y triunfan son los antes limitados, nacidos para halagar al vulgo. Y éste, reconocido, los sublimiza, los acata y los adora, porque en ellos se reconoce, y el incienso que les prodiga es, como el del abogó paternal, un autoincienso.

En España todos entendemos de todo. Superficiales y habladores, nos consideramos aptos para desentrañar las más complicadas cuestiones y los más pavorosos problemas.

Los que valen, los que estudian, se afianzan con nosotros, pero no se afian-

LOS PRIMEROS HOMBRER EN LA LUNA 103

realmente lo que yo le proponía... Un cilindro de acero...

—No diga usted tonterías—exclamó Cavor.

Con esto la conversación terminó por entropes.

Al cabo de algún tiempo mi compañero empezó un monólogo, interrumpiéndose á menudo, insistiendo una y otra vez en los mismos argumentos, saltando de uno tema á otros, y sin que yo le hiciera observación alguna.

—Si la encuentran—dijo,—en la encarnación... ¿qué harán con ella? Esta es la cuestión, ó por lo menos, esta puede ser la cuestión. Seguramente que ellos no la querrán. Si ellos entendieran esta clase de cosas, hace mucho que habrían ido á la Tierra. Y... ¿qué van á hacer allí? Por qué, en el caso, podrían haber enviado alguna cosa. No habrían dejado de aprovechar tan buena ocasión... Esto es el error que cometen los principistas, que obedecen la concepción de que esta es la forma de todos modos en ayudados de que la examinarán. Está prohibido que sean inteligentes, curiosos. La examinación, entrarán en ella, harán funcionar los botones, y se seguirá... ¡Buol...! ¿Lanzados por el espacio! Y nosotros quedaremos aquí condenados á la luna á perpetuidad... Seré extraterrestre... ¡Go, no, no, no, no, no, no!

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 100

Porque aquí la atmósfera es más fría; nuestras voces resuenan más; la atenuación de todos los sentidos ha desaparecido, lo mismo que esta sensación particular en las faldas y en los ojos que sentimos allá arriba.

Yo no había notado nada de aquello; pero en observación me lo hizo apreciar en seguida.

—Sí, el aire es más denso,—dijo corroborando la afirmación de mi compañero de estadísticas,—por lo tanto, estamos á una gran profundidad, como uno de una mina en el interior de la luna. Nunca se me había ocurrido que pudieran existir en grande un mundo superior á la luna. ¿No es verdad, Cavor?

—Seguramente que no. ¿Cómo imaginamos pudiendo imaginario?

—Imaginario, si, pero á hacer toda clase de suposiciones.

—Pero eso es contrario á las teorías de las ciencias.

Y se puso á reflexionar de nuevo.

—Ahora—continuó Cavor—esto parece una cosa evidente, natural. La luna debe estar constituida por una serie de enormes cavernas, con una atmósfera interior, y en el centro de estas cavernas un mar. Verá usted por qué. Se sabe que la luna tiene un peso específico, es decir, una densidad bastante mayor que la de la Tierra, no sólo también que es la superficie de este satélite, y sus gases